

## **o. EL MAPA ECHADO A PERDER**

Suele creerse, y quizá sea cierto, que el no tener cosas que contar es señal de no ser nadie y el saber contarlas bien un indicio de sabiduría. A veces se profesa más estima a quien cuenta bien lo sucedido que a quien ha provocado que tal cosa sucediese, y acaso haya buenas razones para ello. Desde luego, hay narradores casi divinos de las bellaquerías más viscosas, aunque sería insensato justificar a ciertas clases de canallas por las buenas narraciones que suscitaron (sin quererlo en absoluto o, lo que es peor, con el único propósito de ganarse una mención en el catálogo de la Biblioteca Nacional). Tampoco faltan mortales dignos de estima que nunca encuentran quien les dedique atención, que solo son apreciados gracias al malentendido o que se hacen famosos por la monografía que les ha dedicado el más lerdo de los mandarines. Hay también ejecutores eficaces que son ineptos para relatar nada de lo ejecutado y portentosos narradores totalmente tarados para producir algo que se asemeje a un objeto posible de narración. A lo anterior cabe replicar, sin duda, que contar muy bien algo —y también, por cierto, contar proverbialmente mal eso mismo o alguna otra cosa— ya es, de por sí, acometer un hecho y colocarse en la fila de quienes buscan ser favorecidos por un relato remunerador.

Para que una historia termine bien es necesario manipular su final quitándole lo que le sobra o añadiéndole lo que le falta, como cuando el carnicero le sirve al cliente la carne picada que

ha pedido (y nadie ignora que la historia es un modo particular de la carnicería). En realidad, con los comienzos de los relatos tampoco se procede de manera muy distinta, pero a ninguna historia le ocurre nada irreparable (a menudo es al revés) por haber empezado mal: de hecho, solo los malos inicios hacen que parezca bueno lo que viene después. De ordinario, un buen comienzo es el aviso de un final catastrófico, aunque resulte de muy mal gusto llamar la atención sobre ello. Por desdicha, sería una burda falacia rematar este razonamiento añadiendo que empezar algo con mal pie es indicio del éxito futuro. Para que las cosas te ahorrasen un poco de su crueldad tendrías que aceptar humillaciones que no puedes ni imaginarte, y para que no te la ahorren también deberás hacerlo. Si los hechos fueran leales (lo cual no ocurre apenas nunca), avisarían desde el principio sin crear ni una más de las ilusiones estrictamente necesarias, pero el dar signos del futuro es una de las empresas más taimadas que se conocen. Hasta los optimistas están convencidos de ello y suelen reconocerlo a su manera.

Que la mutabilidad de las cosas resulta buena y saludable, y que hay que celebrarla con devoción, es una opinión extravagante que el hombre y la mujer modernos no pueden guardarse de profesar o, por lo menos, de decir que la profesan. Debería haber escuelas que enseñasen a pronunciar ese tipo de falsedades con la debida hipocresía mientras se alberga la creencia contraria y se la intenta conservar con toda clase de cuidados, aunque costaría mucho trabajo evitar que los maestros de esas instituciones cediesen a la traición. Seguramente ya tenían la voluntad de hacerlo desde el momento mismo de empezar la primera de sus lecciones. Además, por mucho que finjamos creer que las cosas cambian, nada nos libraré del convencimiento de que todo final está comprendido en su principio, ni de que la historia es un mero pasatiempo con el que nos entre-

tenemos —a veces de manera interminable— compulsando el ritmo y astucia con que todo lo que se tiene ante la vista ocurrió hace ya bastante.

Repare el lector en la palabra «mapa» y en lo peregrino que resultaría (habiendo leído a Borges y a sus numerosos comentaristas o sin haberlo hecho) que con ella pudiera nombrarse tanto lo que se designa por ese término como el territorio mismo representado en cada caso. ¿No sería semejante uso una extravagancia que la lengua se encargaría, por sí sola, de desechar? Pero un capricho muy análogo es precisamente el que triunfó, de la manera que tantas veces se ha descrito, a propósito de la palabra «historia», la cual designa en unas ocasiones cierto relato («es un verdadero desastre la historia de Roma que acaban de publicar») y en otras lo relatado por él («de principio a fin, la historia de Roma fue un verdadero desastre»). Nada tiene de raro que gran parte de la teoría del tiempo histórico se dedique a glosar esta formidable metonimia, por la que lo relatado toma el nombre de su relato (y es decisivo que la expresión misma «lo relatado» tampoco pueda librarse de ambigüedad).

A los mapas no parece ocurrirles nada de lo anterior, y, cuando les sucede algo que se asemeja a ello, el hecho no va más allá de una banal pedantería, como ocurre en los casos en que se dice, con gesto de usar una expresión muy escogida, que está lloviendo en toda la *geografía* española. Banales o no, esas «metonimias disciplinares» son a veces la clave de todo lo que las rodea. Un mapa es un mapa y a un territorio no se lo puede designar con esa palabra, aunque cabe preguntarse qué ocurriría si de pronto cundiera semejante hábito. Hay por lo menos un motivo por el que esta pregunta no es absurda ni ociosa: ¿y si tomásemos siempre cualquier situación o cualquier movimiento como algo que se da, más que en el espacio, *en su cartografía*? Hasta hace apenas nada, ningún mapa podía aspirar a incluir a

los habitantes de los lugares representados, pero tal pretensión ha dejado ya de ser un delirio. En un mapa exhaustivo saldrá mi casa con gran lujo de detalles, y yo, desde luego, soy uno de ellos, y no poco importante (más, quizá, que la barandilla del balcón, que puede encontrarse admirablemente reproducida en Google Maps), de modo que el cartógrafo competente no debería renunciar a representarme. ¿O acaso no se dice, de nuevo de manera banal, que «todos somos protagonistas de la historia» o que «la historia la hacemos entre todos»? ¿Por qué lo que acontece con el tiempo no habría de ocurrir también con el espacio? ¿O es que no tenemos derecho a salir en los mapas, igual que salimos, desde hace mucho, en los libros de historia? Sin duda, esta última pregunta es del todo falaz por su uso tramposo de la primera persona del plural, aunque, sin falacias así, apenas podría entablarse ninguna conversación.

A partir del momento en que pase a ser lo más normal del mundo encontrarse a uno mismo en un mapa, se tendrá la tentación de designar también con esta palabra al territorio correspondiente, y uno se moverá por el espacio igual que por su representación. Desde luego, para llamar «historia de Roma» a lo contado por las historias de Roma no fue necesario que el relato durase lo mismo que lo relatado ni que todo el mundo pudiese aspirar a ser personaje suyo: bastó con que a algunos (poquísimos en verdad) les pareciese natural actuar con vistas a que fuesen contados los hechos que ellos ejecutarán. En cualquier caso, se sabe bien lo que ocurrió en la narración de Borges: las generaciones posteriores a las de sus autores entendieron que un mapa que fuese de la misma magnitud que el territorio cartografiado «era Inútil y, no sin Impiedad, lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los Inviernos». El resultado fue el que cabía esperar: «En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Ani-

males y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas».

En el presente libro se sostendrá que el espacio humano moderno es tan cuadrangular como un mapa (algo que nada tiene que ver con la suposición de que es un simulacro) y que está definido por cierta clase de relación con los llamados cuatro elementos. También se intentará persuadir en favor de la tesis de que ese espacio está corrompido, por lo menos tanto como los restos del mapa de Borges. Y se procurará, en fin, mostrar que a tales corrupciones (debidas a lo que suele llamarse el «cambio climático», algo que, si en verdad es «cambio», no podrá ser malo del todo o contendrá dentro de sí los remedios necesarios) deberían corresponderles ciertas clases de narración, sobre las que se apuntarán algunos rasgos. El covid-19 ha proporcionado un apocalipsis en pequeño que puede ser instructivo en relación con otros de mayor envergadura, y este libro se pensó cuando se tuvo el convencimiento de que la ideología de la movilidad (toda esa pegajosa cantilena según la cual el viaje es, en sí mismo, un *valor* de los más apreciables, y el tráfico aéreo el modo principal de multiplicación del conocimiento, de la virtud, de la experiencia y del placer) era capital para entender la pandemia y sus efectos. Lo que ocurría era que quizá la «movilidad» misma era insostenible, en más de un sentido de esta última palabra, aunque resultaba también que aceptar lo anterior era tabú, y en ese tabú estamos.

La parte principal de este libro se escribió en los meses de mayo y junio de 2020 y en momentos posteriores se le añadieron materiales nuevos, los últimos de ellos en el tórrido verano de 2022. Tales detalles no tendrían ningún interés si los asuntos tratados hubieran sido otros, pero lo que aquí se dice sobre la pandemia y sus efectos (y algo se afirma acerca de ello, aun no siendo el tema principal de lo que en estas páginas se encon-

ANTONIO VALDECANTOS

trará) hace que las fechas no carezcan de importancia, sobre todo cuando no se está en condiciones de vaticinar nada muy seguro sobre lo que todavía nos espera.

Madrid, 28 de julio de 2022

## I. EL TIEMPO CONFINADO

A comienzos de 2020 toda persona instruida tenía algo que opinar sobre el calentamiento global y, sin duda, mucho que temer. Lo más habitual era emplear la expresión, manipuladora hasta el sonrojo, de «cambio climático», mediante la cual la expectación de una catástrofe se designaba con el nombre de un hecho halagüeño (en el mundo contemporáneo el «cambio» es, mientras no se muestre lo contrario, algo bueno de por sí) o, al menos, sin carga valorativa desfavorable. Cualquier cosa que fuese lo que se opinase sobre ello, el «cambio climático» formaba parte de los anuncios o vaticinios que se daban por aceptables en torno al porvenir o, mejor dicho, en torno a esa fusión de presente y futuro que corresponde a lo que ya ha empezado a acontecer. La previsión de que algo sucederá de cierto modo no suele efectuarse en la modernidad tardía como un mero vaticinio, sino como el hallazgo del curso natural y lógico que se supone tomará algo que ya ha comenzado y de lo que nadie bien informado puede tener dudas. Se entenderá aquí por «modernidad tardía» —aunque hay razones para llamarla, como yo mismo he hecho en otros lugares, «póstuma»— la época que comienza con el final del imperio soviético, con el ascenso de lo que sin mucha razón suele llamarse neoliberalismo y con el triunfo de la cultura y la vida digital. A tenor de ese esquema, la modernidad póstuma (cuya idea, contra lo que pudiera parecer, no implica una «muerte» de los tiempos modernos, sino más bien un agotamiento que convierte cualquier futuro en *déjà vu*)

seguirá a la temprana (la surgida con la reforma protestante) y a la clásica (la desencadenada con la revolución francesa).

El «cambio climático» —no quiero desentrecomillar la expresión (aunque lo acabaré haciendo), porque creo que hay que resistirse a aceptarla como moneda de curso legal— había comenzado ya y, una vez admitida tal cosa, podían dibujarse varios trazos con que completar la figura, como cuando se ofrece, sin mucho detalle, el dibujo de las patas de un cuadrúpedo indeterminado para que uno pueda terminarlo, pintando un elefante, un perro, un rinoceronte o lo que guste. Sin duda ninguna, de lo anterior podía resultar algún monstruo apocalíptico, y esa era (y sigue siendo) la imagen elegida por mucha gente. Cada cual tenía en su escritorio esas cuatro patas esbozadas, y gran parte del debate público versaba sobre cómo hallar el modo más inteligente y certero de hacer garabatos en aquella especie de lámina escolar. La insinuación de que el covid-19 podía convertirse al cabo de pocos días en un asunto muy serio (de momento como fenómeno *informativo*, es decir, como ocupante obligado de la mayor parte de la atención pública) surtía, de manera inevitable, efectos sobre el consumo de información del género correspondiente a los grandes desastres. Quizá el coronavirus no iba a ser un fenómeno de índole estrictamente apocalíptica (y en esto no podía competir con el «cambio climático»), pero lo cierto es que, si la amenaza se confirmaba, la cuota de desastres que siempre debe formar parte de lo que se entiende por «actualidad» no solo estaría, por demasiado tiempo, ocupada sin rivalidad posible, sino que acaso coincidiría con la actualidad misma, despojando de interés a cualquier otro objeto.

Resultaba claro que nadie iba a preocuparse, con la debida urgencia, por el «cambio climático» cuando las cifras de muertos por coronavirus iban a proporcionar todas las mañanas unas

dosis de información capaces de resultar adictivas para cualquiera. Una vez que la pandemia concluyese —cabía pensar—, ya habría ocasión de preocuparse por otras calamidades, tanto banales como apocalípticas, pero, desde luego, para desastres ya se tenía bastante, de momento, con el virus y con sus secuelas económicas. Sin duda, hay algo por lo que el covid-19 produciría, mientras durase, efectos más perturbadores que el temor al calentamiento global: se trataba de una aparición inesperada que no figuraba en el álbum de dibujos incompletos que cada cual tenía a su disposición. Quien en marzo de 2020 se aplicase a segregar opinión acerca del virus, lo haría sobre un asunto que, tan solo tres meses antes, nadie habría podido predecir. Es natural que el consumidor de información se sintiera defraudado y hasta herido: aparte de tratarse de algo peligroso, era un golpe certero en órganos muy sensibles del pundonor moderno. No solo amanecemos, de pronto, en una peste propia de siglos pasados, sino también en medio de un desastre al que faltó todo anuncio, pronóstico y vaticinio, y para el que no había lugar alguno en el horizonte de expectativas de nadie. Que, *en los tiempos que corren*, se diese semejante cosa era una especie de atropello moral: ¿o es que no se tiene derecho a un mundo en el que, en caso de producirse desastres, estos formen parte de lo que se ha aprendido a temer y a prever como perteneciente a ese género de materia informativa?

Si, inopinadamente y sin previo aviso, se declara algo que se asemeja a una peste global, ¿qué crédito le queda al repertorio de previsiones con que uno cuenta para manejarse en la vida? Es cierto que podría haber una escapatoria de lo anterior, pero quizá esto no sirva de mucha ayuda. Se dirá que el virus es, sin duda ninguna, toda una experiencia y toda una vivencia (y el hombre y la mujer de la modernidad póstuma aprecian por encima de todo el tener experiencias y el tener vivencias), además de una

oportunidad para reinventarse y para deshacerse de mucho lastre vital que ni siquiera se había podido detectar. Aunque todo esto es muy cierto, olvida un hecho decisivo: si algo producen el retiro y el confinamiento, es la interrupción del flujo de vivencias, experiencias y oportunidades que el tiempo presente ofrece para su disfrute. Mi derecho a vivir es, sobre todo, un derecho a hacer transitivo este verbo: vivir esto y aquello y aquello otro, y hacerlo cambiando de objeto de manera trepidante. Pero el estado de cuarentena constituye, rigurosamente, una interrupción de la vida: no resulta nada claro qué es lo que en esta puede llegar a vivirse y, en caso de generar vivencias, proporcionará tan solo una, de manera reiterativa y torturadora: la del propio agostamiento y la interrupción violenta de uno mismo. La novedad de algo con lo que no se contaba puede llegar a ser, desde luego, más concupiscible que lo anunciado y consabido, aunque solo por ser una vivencia muy singular o por producir vivencias muy apreciables. Sin embargo, la peste de 2020 fue, en sentido riguroso, una antivivencia feroz que dejó en estado de devastación el terreno en que podrían florecer las experiencias más estimables.

La aparición del covid-19 fue, antes que cualquier otra cosa, un fenómeno perteneciente al ámbito de la *movilidad*. Debería tomarse, no en vano, como la muestra de movimiento más notable del mundo contemporáneo. Hasta que la pandemia dio la cara, el lado siniestro de la movilidad venía representado, de manera eminente, por las catástrofes migratorias y los accidentes de tráfico, pero el virus recién aparecido resultó ser, de entre todo lo que es capaz de moverse de un lado a otro del mundo globalizado, el objeto más destacable y más merecedor de atención. Naturalmente, este hecho no puede nada contra la ideología de la movilidad. Al contrario: prueba con la mayor elocuencia que la movilidad constituye *un desafío*, circunstancia